



# LANZAROTE: EL SUEÑO DEL VOLCÁN

## El volcán

Lanzarote tiene un suelo negro y rojo venido de adentro, surgido de las ígneas entrañas del volcán. Sus tierras son espumas petrificadas de un mundo desaparecido: esqueletos geológicos de terribles energías que alcanzaron el vértigo, la detonación y el silencio. Cascadas de sangre discurren por sus campos ateridos. Hay eternidades selladas con lacres de lávica púrpura. Lanzarote es como un momento interrumpido en la formación de un nuevo astro. Una tierra muda que aún espera la caricia de néveas escarchas y el rumor de resplandecientes arroyos.

## El sol

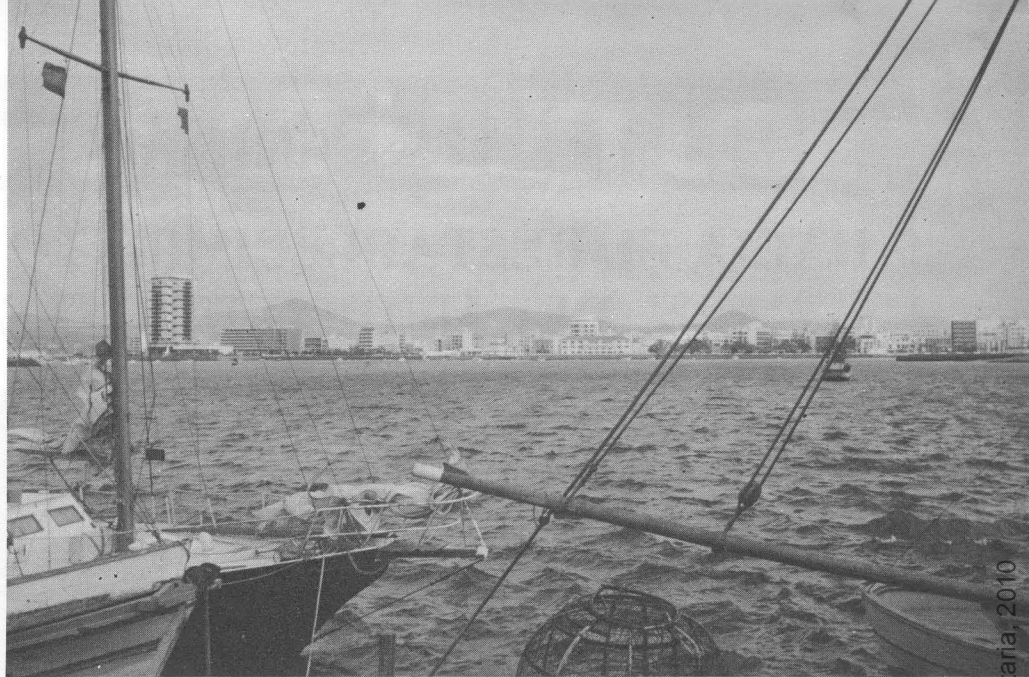
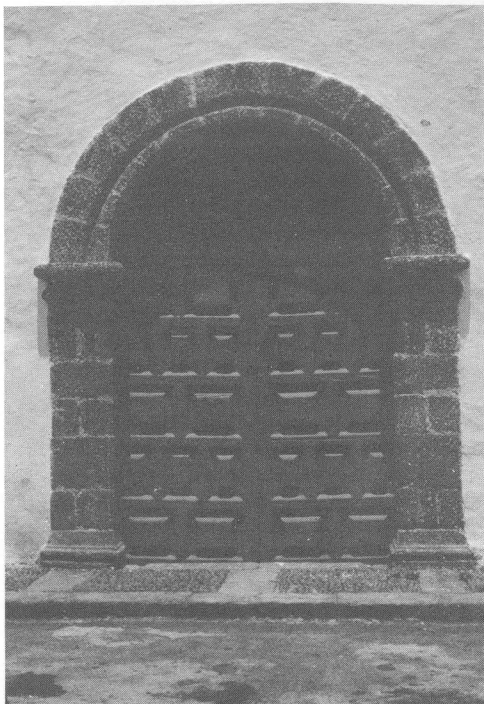
El sol forma parte material de la tierra lanzaroteña: es el techo de un mundo convulsionado, un torrente dorado sobre las lavas cenicientas, un ardiente beso cósmico que cristaliza en la tierra tibia de Timanfaya. Lanzarote es un crepúsculo permanente. En la Cueva de los Verdes se petrificó la luz.





## El viento

Un viento de otras edades azota la isla desde siempre. Ante su frenético torbellino se arrodillan los secos arbustos y se extravían las pálidas flores. Es el Africa cercana que sopla sus viejos milenios. Secretas unidades eólicas se deslizan sobre la recónditas playas y las misteriosas estribaciones del somnoliento volcán, aullando pentagramas extra-terrenos como la lejana llamada de un



astro perdido. Un permanente ejército de alisios desnuda las superficies lávicas, afloran lapislázulis y olivinas.

## El hombre

La Graciosa es como una blanca gota de rocío en la alborada. En Famara el vuelo de las aves marinas entona sinfonías de infinitos silencios. En Papagayo la blanca arena se lanza a la búsqueda de superficies azules. En la Geria el trabajo secular del paciente campesino ha transformado lavas letales en manantiales de vida. Muy cerca resplandecen los arabescos de cristal de Janubio. En Haría las palmeras encienden esplendorosas esmeraldas. Y los luminosos pueblitos blancos sembrados aquí y allá por

los campesinos son pulcros mojones de la esforzada presencia del lanzaroteño en una tierra dura e inhóspita.

Como ojos sin luz, las barcas parten en la noche desde una playa abrigada. Una gélida cruz indica el temblar de las rocas marinas, entre remolinos de blanco y turquesa. Los pescadores barruntan los devotos semáforos y, ávidos de espacios, enfilan hacia el oriente, allí donde desaparecen las tinieblas del hambre y la marginación. En el puertito de Arrecife, donde los pesqueros chapotean las aguas mansas, se escuchan hablas del Norte, hablas de lejanos países: Lanzarote es un *mundo nuevo* para el *viejo mundo*.

Texto y fotos: A. H. P.